

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 peseta. En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 23. Administrativa, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon E. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Jones, 21 West 37th St.—Berlín, Rudolf Mosse, Leipziger Strasse, 46-49.—Los Corresponsales de América...

La Unión y el Fénix Español
Compañía de Seguros Reunidas
Capital social: 12.000.000 de pesetas
efectivas, completamente desembolsado
AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
46 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.
Subdirección en Cartagena: HIJOS DE SORO, Jabonerías 23 y 25 praí.

Ordóñez

En África la bala traidora de un "paco" ha terminado una vida llena de gloria, llena de sacrificio, una vida laboriosa y fecunda que lega a morir a su patria una labor inmensa y la patria debe llorarle como a su hijo predilecto, el más amado y el más querido.

La vida de Ordóñez ha sido un modelo de virtudes militares difícil de imitar, porque pasó su vida entre el taller y los libros y calladamente, sin bombos, sin jactancia, siempre fáciles, ignorafo y obscuro trabajó puesto el pensamiento en la gloria y en el beneficio de su patria. Su biografía la deja escrita, con sus obras, su nombre lo grabó para siempre con sus cañones, con sus obuses, con sus inventos, que llenan las baterías de España y allí están para impedir que su nombre lo borre el tiempo y el olvido y si llega el día de que esas piezas sirvan para lo que fueran soñadas por su autor, el eco de sus disparos será el himno con que los artilleros de mañana nos recuerden a todos los españoles el nombre glorioso de Ordóñez.

Era el general Ordóñez un hombre a quien había que respetar no solo por su alta gerarquía, sino por su talento por su cultura, por su ciencia. Ordóñez en el taller era un maestro puntísimo y competente, allí discutía de forja con el forjador, de torno con el tornero, y los obreros le escuchaban asombrado de oír un general dar lecciones prácticas de su oficio. Discutía con tenientes y capitanes sobre particularidades de su profesión y cuando la discusión lo requería muchas veces lápiz en mano demostraba su tesis calculando con la facilidad del que no dejó de estudiar desde cadete hasta el día que encontró la muerte sobre las ingratas piedras del Riff.

Era el general hombre de una conversación amena llena de sinceridades, cortes, en su trato, bueno sin debili-

dad, de una imaginación vivísima llena de entusiasmo por el mando, fanático por el ejército y un enamorado de las glorias de la Patria.

Hace poco tiempo, dirigiéndose a unos artilleros que marchaban a la guerra les decía con aquella nerviosidad propia de su temperamento:

No os preocupe la muerte porque si tenéis la fortuna de encontrarla en África; detrás de vosotros iremos nosotros, si caemos, nuestros sitios lo ocuparán los que siguen... porque nuestras vidas son para eso, para sacrificarlas a la Patria a la bandera y al honor de las armas... ya se cumplió su promesa, ya consumó el sacrificio de su vida gloriosa.

Descanse en paz el ilustre general Díaz Ordóñez, y Cartagena que vió su labor cuando mandó esta plaza, Cartagena que apreció su actividad y sus bellísimas condiciones civiles y militares, es la primera en asociarse al duelo del Ejército y al duelo del arma de Artillería que hoy llora a Ordóñez como se llora al hermano respetado y querido.

Ferrobelt.

PERFILES CÓMICOS

¡Esos franceses!..

¡Recontra! Nuestros vecinos los franceses no descansan en su insidiosa tarea de publicar telegramas, diciendo que nuestras tropas son en el Riff derrotadas; y con sus informaciones tan absurda como falsas, esos vecinos demuestran que tienen muy poca *lacha*.

¡Ora la prensa francesa afirma que en la alcazaba de Zéiban nos produjeron los moros más de mil bajas; ora aseguran que estamos sitiados por el Metalza, el cual es, según noticias, un Kaid con toda la barba;

ya dicen que a un regimiento se lo merencó una kábita, con *saktofs*, correajes y demás indumentaria; ya de combates y encuentros imaginarios nos hablan, diciendo que nuestras tropas salieron descalzadas; y tal cúmulo de embustes continuamente propalan y tan decidido empeño tienen de hacernos *la pisona*, que en *La Gatois* ó en cualquier de los *journa* es de Francia leeremos el mejor día el siguiente telegrama:

"Orán, 20 5 tarde. Según noticias exactas recibidas de Melilla; cuatro moros de Zglaya, dos moros y seis moritos han sorprendido en la cama al general García Aldave, llevándose en volandas y en calzonicos al zoco de la tribu de Frajana, en donde le despojaron de esa prenda innecesaria, que vendieron en un franco al Sinton Sidi Kamándulas. Tan honda impresión el hecho ha producido en la plaza, que se han suicidado cinco generales y se habla ya de abandonar Melilla y entregársela a la jarka."

V así, por el temor ese, irá esa prensa insensata dando noticias absurdas y publicando patrañas; más no echen en saco roto que cañas se vuelven lanzas y bien pudiera llegarnos el día de la revancha.

¡V a lo de meter *infandios* los franceses no nos ganen! Cualquiera, Cartagena-16-10-1911.

El Juzgado especial

Madrid 16-9 m. El juez especial nombrado para instruir el sumario con motivo de la última huelga revolucionaria, trabaja con gran actividad.

Se han practicado diligencias a las que se concede mucha importancia, realizándose nuevos registros en la Casa del Pueblo.

El juzgado se ha incautado de diferentes documentos, pertenecientes a varias Sociedades Obreras.

LEYENDAS CARTAGENAS

I LA CALLE DE LA CONCEPCIÓN

Legítimo es el orgullo del pueblo cartagenero al recordar su historia durante las épocas cartaginesa y romana, en donde alcanzó gran influencia y preponderancia, no superada por ninguna otra ciudad de la región levantina durante ocho largas centurias.

Esta ciudad de la que dijo Escipión cuando a conquistarla se dirigía, "Capta Cartagene", "Capta-tota Hispania", encierra hermosas tradiciones que el cronista a fuerza de quemarse las pestañas se propone darlas a los vientos de la publicidad para que las conozcan más de cuatro, fumen ó no en pipa, sean ó no bloquistas.

La primera que voy a dar a luz, es la leyenda de la calle de la Concepción que tanta nombradía tuvo en "ilho tèmpe", según afirma Amador de los Ríos.

Sirviendo esto de prólogo comienzo, con permiso de ustedes y de Vaso, a publicar mis apuntes.

Corría el año mil quinientos y pico, lapso de tiempo de nuestra historia en que se desconocía por completo el uso de los tirantes para los pantalones, ni mucho menos las pastillas Norriac y según refiere el licenciado Cascales de las notas que tomó de Alonso el Sabio, encodio de la calle que me ocupa existía una casa de planta baja con varias habitaciones y un patio cercado de un fortísimo cinturón de piedra.

En el centro se elevaba con cierta magestad un corpulento garrotero que con sus frondosas ramas en la época veraniega daba sombra y frescura a su alrededor.

Residía en dicha vivienda, un señor que usaba a diario poblado mostacho y que según las crónicas había jugado al caliche con Leovigildo y había bebido cerveza a orillas del Indo y el Ganges.

Este individuo que desconocía en absoluto los beneficios y disgustos que proporcionan los pagarés, tenía una hija más rubia que los higos rojetos, de ojos que a ciertas horas del día tenían un brillo manso, provocado internamente perverso y seductor.

Su cuerpo de perfil escultórico fué indudablemente modelado en el patrón del de la Venus de Milo, y en el de

aquellos moldes en dor de se hicieron las imágenes esbeltas que llamaron la atención en los Santuarios de la Caldea, de la Fenicia, de Egipto, de Grecia y Roma.

A los ocho días de venir al mundo esta joven, apesar que aun no se usaba la crisma se le denominó Concha y así se lo conocía desde la cúspide del Castillo de la Concepción hasta la plaza de San Ginés, que era entonces las puertas de esta "urbe" romana.

Una noche, en que apesar de estar nublado no lloviznaba, en la que Concha su aya y dos vecinas jugaban a la que "te se cayó", fueron sorprendidas por el ruido extridente de dos grandes aldabazos.

Concepción, u. a. y, y las dos vecinas se quedaron inamovibles sin articular palabra.

Repitieron los graves golpes y los jugadores de naipes dijeron al unísono ¿Quién llama?

—Abrid presto la puerta, que un caballero demanda hospitalidad,—contestaron desde la acera de frente.

La joven de dorados cabellos y las viejas de cabellera de plata abrieron la puerta y penetró en la alcoba, donde el candil brillaba, una joven de gallarda postura con un vaso en la diestra que humeaba iumunidad.

—Que el Dios que perfuma los clavetes y los misirigatos os guarde, dijo el manco al penetrar en el estrado.

Después cuando se despojó de la bufanda de pelo de cabra que le tapaba el resuello, al ver la belleza escultórica de la joven Concha, se quitó la gorra de astrakan y arrodillándose ante la joven exclamó:

Soy prisionero en las redes de su amor.

El aya cojió el candil y dirigiéndose al aparecido exclamó:

—Caballero, síganos al algarrobo.

Cojió de la diestra a la Concha, y el apuesto doncel sacó del bolsillo del chaleco un raspador y siguió a la joven y la vieja porque las vecinas habían salido de naja.

Bajo el frondoso árbol comenzó un idilio amoroso entre la Concha y el manco y cuando el coloquio estaba más animado, apareció el padre de la chica con un cuchillo carnicero y sin decir buenas noches ni preguntarle por la salud al enamorado doncel, comenzó a dar pinchazos a diestro y siniestro.

La vieja, cayó al pie del árbol con la muela del juicio partida por gala en dos.

El joven lanzó su último suspiro a consecuencia de su certero descabello que le regaló un futuro suegro y la joven de los dorados cabellos y de perfil escultórico comenzó a morderse las yemas de los dedos de la mano izquierda y presa de un ataque histérico comenzó a rodar como una pelota por la superficie del patio donde se elevaba el corpulento Algarrobo y después de treinta y dos jiplos exclamó espíro por la libertad y por Cartagena.

¡Miau! dijo el padre de la joven Concha.

A la mañana siguiente los cabreros de Pozo-Estrecho los cosarios de Santa Ana y las lavanderas de Tente-gorra se agolpaban a las puertas de aquella casa por donde salía gran cantidad de sangre.

En manifestación pública fueron los vecinos de la ciudad y barrios extramuros a la Puerta de la Villa, en donde por aclamación popular se acordó que la dicha calle se denominase en lo sucesivo calle de la Concha, pero después en un cabildo celebrado por el Ayuntamiento en la tarde del martes trece del 1413 se acordó que en vez de calle de la Concha se llamase de la Concepción.

OTEMA.

El general Aguilera

Mañana saldrá para Melilla a donde ha sido destinado el bizarro general D. Francisco Aguilera gobernador militar de esta plaza.

La alta distinción de que ha sido objeto el pundonoroso militar que tantos triunfos alcanzó en la pasada guerra de Marruecos, nos priva de tener a nuestro lado y de! mando de esta importante plaza a tan ilustrado militar que durante su permanencia en Cartagena se ha captado las simpatías generales.

A tan bizarro general le deseamos de todas veras que su nueva campaña en el Riff sea coronada de toda clase de laureles y que pronto regrese entre nosotros.

Choque

Madrid 16-9 m.

Telegraffan de Alicante que al entrar en aquella estación un tren procedente de Alcazar de San Juan chocaron varios vagones resultando heridos un mozo y el guardafreno.

—¿Queréis hacerme mención de esas extrañas coincidencias?

—Si pardiez, escuchad la tristeza de Zara, su palidez, su desmejoramiento, y sobre todo, su desvío hacia su joven compañero, el esclavo Luis, que la ama con delirio y cuyo matrimonio estaba concertado entre los dos. En un principio vos debisteis ignorar la afición que la esclava os profesaba, pero después de sus demostraciones, abrigásteis sin duda el culpable deseo de hacerla vuestra a toda costa.

—¿Os serviereis decirme en qué consisten esas demostraciones de la esclava?

—Algunas de ellas solo de vos son conocidas; las que están a mi alcance son: el desvanecimiento que en la iglesia sufrió, y la impresión que le causó vuestro percance en la lidia de toros de la Tela, que la hizo caer al suelo desmayada.

—Si no tenéis más pruebas que aducir, son en verdad bien débiles las que acabáis de enumerar. Obedecen sin duda esos ataques a una nerviosa sensibilidad; por lo demás, sus sentimientos de adhesión, son hijos de la gratitud, y a fe de caballero honrado, que no me he apercebido nunca de esa pasión que suponéis en ella.

—Queréis comprarla sin embargo, cuando os sobran esclavos,—le replicó Bartolomé Segado

—Sí, señora,—le contestó el hidalgo pesarco,—la servidumbre entera de esta casa; es decir, todo el mundo.

—Caballero,—dijo la treste dama a su marido,—en adelante nada habrá de común entre los dos, sino el ludibrio y el baldón que inspiraremos a las gentes; vos por vuestra conducta y yo por continuar viniendo a vuestro lado; soy madre... y me resigno.

Y la hermosa señora volvió la espalda a su marido dejándole asombrado con aquel rasgo de altivez.

A su vez, Bartolomé Segado saludó cortesmente y se marchó, yendo a reunirse a Doña Juana y a su propia familia que estaba en otra habitación.

Por el camino murmuraba:

—Esto era de esperar; tenía que suceder más tarde ó más temprano. Me tranquiliza, sin embargo, el no haber provocado yo esta escena. Me llamé Nicolás y he concurrido; se ocultó Doña Juana y ha escuchado: esto es provincial, y como tal hay que acatarlo.

Garre quedó abrumado.

Al cabo de un momento, el esclavo Narváez salió tras del tapiz, desde donde escuchó cuanto había sucedido en la violenta escena de que acabamos de ocuparnos, su rostro estaba cadavérico.

—¡Dios mío, qué intriga!—murmuró aterrado. Y dirigiéndose a Segado lleno de afán, le preguntó:

—¿Dónde habeis encontrado este papel?

—En el zaguán del parador; allí se cayó a un joven, a un paje muy garrido a quien sin duda conocéis, pues que se dice criado vuestro.

Fué a replicarle Garre, cuando su bella esposa, con el semblante descompuesto, salió de entre los pliegues del tapiz y arrebató el papel a su marido.

—¡Doña Juana!—gritó Nicolás.

No se dignó la dama mirar siquiera a su marido; pálida, convulsiva, con la mirada centelleante y con segura entonación le yó:

—Señor Nicolás Garre: vuestros deseos quedan cumplidos. Cuando leáis estas líneas, la enamorada tortolilla aguardará llena de afán, a que acudáis a consolarla con el amor que la tenéis, y hace votos al cielo por vuestro pronto restablecimiento.—Vuestro humilde criado.

—¡Doña Juana!—gritó Nicolás fuera de sí,—ese infame papel es la más grande de las imposturas.

—Caballero,—le contestó la dama con el acento más glacial,—sé por fortuna lo bastante para apreciar vuestras palabras.

Y preguntó a Segado:

—¿Hay alguien, además de vos, que conozca esta carta?